

tar las ocasiones del pecado: el temor nos
 para perder el culto de su proteccion. In-
 temos a Achior. El estado de reconoci-
 miento hacia Judith y lleno de admiracion
 por su valor y su piedad, abandonó el
 culto de los idolos y ahora al Dios de Is-
 rael. Como el renunciamos nosotros a los
 idolos, grandes o pequeños, que acaso abor-
 ramos todavía, y guardemos nuestro culto
 en estas cosas santas, nuestros afectos y
 nuestras obras para el único Dios vivo, ve-
 radero.

Las oraciones. -- Señor, perdona
 que a nuestro pueblo, no es de tu pueblo, no
 te adoramos.

Oh Maria, acorto de los cristianos, to-
 que por la Sirena!

Primer. -- Dar una limosna.

ni menos entrara a la tienda del general.
 Así pues tomaron el partido de hacer rui-
 do para acordar de su angustia; pero ningún
 movimiento se hizo en el interior de la
 tienda. Como el tiempo corría y llegaban
 necesarias a los oficiales superio-
 res, se acordó tratar al campamento. Al-

DIA XI.

EL CAMPAMENTO DE HOLOFERNES.

I.
 Luego que amaneció los habitantes de
 Bethulia, dóciles a los consejos de Judith
 suspendieron en sus murallas la cabeza de
 Holofernes. Tomó cada uno sus armas y
 salieron todos de la ciudad haciendo el ma-
 yor ruido posible y dando fuertes gritos.
 Las avanzadas de los asirios se replegaron
 al campamento, en el que dieron la voz de
 alarma. Corrieron los oficiales a la tienda
 de Holofernes para recibir órdenes, pero
 la encontraron cerrada.

II.

Era de rigor que nadie llamara a la puerta

ni menos entrara á la tienda del general. Así pues, tomaron el partido de hacer ruido para sacarle de su sueño; pero ningun movimiento se advertia en el interior de la tienda. Como el tiempo corria, y llegaban sucesivamente todos los oficiales superiores, se acordó traslimitar la consigna. Algunos generales dijeron á los chambelanes: "Entrad y despertadle, porque las ratas han salido de sus agujeros y se atreven á retornos al combate." Con esos términos depreciativos designaban los oficiales á los habitantes de Bethulia.

III.

Entonces Vagao, el primer chambelán, abrió la puerta, pero no se atrevió á penetrar en el interior de la tienda. De pie, entre ésta y la cortina que la separaba de la cámara propiamente dicha, dió unas palmadas, considerando que Holofernes, amodorrado por el vino, seguía durmiendo con

sueño profundo; pero le contestó un silencio completo.

Llamó de nuevo de la misma manera prestando atención; pero no oyó ni movimiento ni respiración; adelantó entonces, levantó la cortina, y vió el cuerpo de Holofernes, tendido en tierra, sin cabeza y bañado en su sangre.

IV.

Al verlo, lanzó un grito lamentable y desgarró sus vestidos. Después entró en la tienda de Judith, y no encontrándola salió y dijo á los oficiales: "Una sola mujer judía ha introducido la confusión en la casa de Nabuchodonosor; Holofernes está tendido en tierra y su cabeza no descansa ya sobre sus hombros." Al oír estas palabras los gefes del ejército se desgarraron los vestidos. Se apoderó de todos ellos un terror indescriptible, se estremecieron sus cabezas y en todo el campamento rezonaron gritos de espanto.

V.

Pronto llegó hasta las últimas filas del ejército la noticia de la muerte de Holofernes. Oficiales y soldados no sabían qué hacer ni qué partido tomar. Preciso era reconocer en esa indecision un efecto de la justicia de Dios. Por otra parte, quién habría podido impedir á los asirios elegir inmediatamente otro gefe para seguir el sitio? Cómo explicar que un ejército de ciento setenta mil hombres se encuentre de repente presa de un pánico universal é irremediable, en presencia de enemigos poco numerosos y hasta entonces objeto de sus burlas! Pero el Dios que abate á los soberbios quiso humillar el orgullo de los asirios, como había humillado el de los madianitas haciendo huir su inmensa multitud á los gritos de trescientos soldados de Gedeon armados de trompetas y de antorchas ocultas en tiestos de barro.

VI.

Fuera de sí los asirios, impulsados por el terror que de ellos se apoderó, no pensaron más que en huir, resultando bien pronto un tumulto espantoso. No había quien hablara á su compañero; todos abandonaban sus armas y bagajes inclinando la cabeza, y se apresuraban á correr para escapar de los hebreos, cuyos gritos oían, mirando bajar de la montaña á los guerreros con las armas en la mano para caer encima de ellos. La derrota fué completa. De arriba de sus muros los habitantes de Bethulia vieron que sus enemigos buscaban la salud en la fuga, tomando al acaso los caminos del llano y los senderos de las colinas, sin saber á dónde iban.

Reflexion.—A la nueva de la muerte de Holofernes, á la vista de su cabeza suspendida de los muros de Bethulia, los asirios quedaron aterrorizados. Reconociendo que su derrota había sido efecto de una

mujer, de una sola mujer, daban gritos desgarradores. Con la vergüenza en la frente y la rabia en el corazón; pero rabia impotente, emprendieron la fuga cada uno por su lado. El mismo espectáculo se presenta al mundo siempre que la Santa Virgen alcanza una victoria sobre el demonio. Al ver á su jefe vencido por la divina Judith los impíos daban gritos furiosos y vomitaban mil blasfemias.

Cuando hace algunos años se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepcion, cayó sobre la cabeza de Satanás el fuego del rayo que debía aplastarlo, y del centro de sus ejércitos se levantaron ya no gritos de queja sino aullidos de desesperacion. Que el aborrecimiento de los cobardes contra la Santa Virgen sea la medida de nuestro amor hácia ella; su terror, la medida de nuestra confianza y de nuestra fidelidad. Hijos de María, ocultémonos en el seno de nuestra divina Madre, y por grande que

sea el número y la malicia de nuestros enemigos, no caerá sin su permiso un cabello de nuestra cabeza.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por las naciones heréticas.

Práctica.—Hacer el camino de la cruz.

sea el número y la malicia de nuestros ene-
migos; no caerá sin ser ganados un caballo
de nuestra caballería.

Invocaron, Señor, guarda
del pueblo, no estáis irritado con
nosotros.

Ora María, socorro de los cristianos, ro-
gá por las naciones heréticas.

Palabra.—Hacer el camino de la cruz.

los, en tanto que los soldados de Babilonia
rebatían en buen orden, hacían pesa-
ros todo lo que encontraban á su paso. Pa-
ra que la victoria fuese completa, Osaia
no presentó á Holofernes la noticia de lo
que pasaba en Babilonia á todas las ciuda-
des y provincias.

DIA XII.

DERROTA DE LOS ASIRIOS.

Como ya vimos en el capítulo anterior, los
asirios, al salir de sus campamentos, se
pusieron á marchar con las armas y los
caballos en persecución de los israelitas. En

Al ver los israelitas que los asirios em-
prendían la fuga, bajaron de su montaña y
los persiguieron espada en mano, tocando
las trompetas y lanzando gritos atronado-
res. Su aparición introdujo la completa
confusión en el campo de Holofernes. Ya
no se conservó la formación, no se oyeron
las órdenes, no hubo disciplina. Cada uno
se apresuraba á huir á donde podía. No era
aquello una retirada, era una derrota.

II.

Como los asirios no marchaban forma-

dos, en tanto que los soldados de Bethulia adelantaban en buen orden, hacian pedazos todo lo que encontraban á su paso. Para que la victoria fuera completa. Osias se apresuró á hacer llevar la noticia de lo que pasaba en Bethulia á todas las ciudades y provincias de Israel. Cada ciudad, cada provincia escogió los más valientes de sus jóvenes, les hizo tomar las armas y los envió en persecucion de los asirios. En muy poco tiempo formó un ejército formidable y lleno de ardimiento, que persignió á los asirios hasta los últimos confines de Palestina, pasando al filo de la espada cuanto encontrara.

III.

En tanto que las tropas de Israel daban caza á los asirios, los habitantes de Bethulia llegaron á su campamento abandonado. Allí encontraron un inmenso botin: encajes preciosos, oro y plata con que enriquecer provincias enteras. Se les veia conti-

nuamente descender de la montaña y volverla á subir cargados con aquellos ricos despojos.

IV.

Por su parte, los soldados vencedores volvieron á Bethulia con todo lo que habia sido de los asirios, inmensos rebaños, cargas, tesoros, de manera que todos fueron ricos, desde el mas pequeño hasta el mas grande. Apenas fueron bastantes treinta dias al pueblo de Israel para recojer los despojos del ejército de Holofernes. Todo lo que pudo reconocerse que habia pertenecido á Holofernes, en oro, en plata, en telas, en pedrería y en muebles de valor fué dado á Judith por el pueblo.

V.

Eliachin, el gran sacerdote, fué de Jerusalem con todos los ancianos para ver á Judith. Esos ancianos, en número de setenta, componian el Sanhedrin ó Senado de los judíos. Era lo que habia de mas venerable

en la nacion. Por respeto hácia el Dios de Israel, á quien representaba, Judith salió al encuentro del gran sacerdote y se prosternó á sus piés. Eliachin y los ancianos la bendijeron á una voz diciéndole: "Vos sois la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo. Habeis obrado con un valor incomparable y vuestro corazon se ha afirmado porque habeis amado la castidad. Por eso es que la mano del Señor os ha fortificado, y bendita sereis eternamente." A cuyas palabras respondió todo el pueblo: "Asi sea, así sea."

VI.

Nada mas verdadero y en consecuencia mas hermoso que las palabras del gran sacerdote á Judith. Vos sois la gloria de Jerusalem. La victoria que habeis alcanzado hace brillar á los ojos de todas las naciones la proteccion milagrosa con que el Señor rodea la ciudad santa, procurando para ella una gloria que eclipsa á todas las

glorias. Vos sois la alegría de Israel. Abismada en la tristeza y medio muerta de terror, le habeis devuelto la vida. Sois el honor de vuestro pueblo. Ninguno otro ha tenido nunca semejante libertadora. Cuando sepan las demas lo que habeis hecho, las naciones mas apartadas de la tierra exclamarán estupefactas: Qué mujeres hay entre los judíos!

VII.

La presencia del gran sacerdote y de los ancianos de la nacion, hizo llegar á su colmo la pública alegría. Todos juntos, hombres, mujeres, jóvenes y niños se llenaron de alegría, alegría que manifestaban con el sonido de las arpas y de los instrumentos de música.

Reflexion.— Judith se convirtió en la figura trasparente de la Santa Virgen. Fue reservada á Judith la gloria de salvar á la nacion santa, cortando la cabeza de Holofernes. A María y solo á María ha sido concedido el poder de salvar á la Iglesia aplas-

tando la cabeza de la serpiente. Por su victoria, fué Judith proclamada por el gran sacerdote la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, el honor de su pueblo. A causa de sus victorias es proclamada María por todos los siglos la gloria, la alegría y el honor de la Iglesia y del mundo.

Judith debió su victoria á su castidad. María debe las suyas á su pureza sin mancha. Porque ha sido la mas pura de las vírgenes y se hizo la madre omnipotente del Dios omnipotente. Si queremos ser poderosos contra nuestros enemigos, seamos puros. El imperio que tenemos sobre nosotros mismos es la medida del que ejercemos sobre los demas.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, Perdonad á vuestro pueblo, no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por la Turquía!

Práctica.—Mortificacion de la vista.

DIA XIII.

CANTICO DE JUDITH.

I.

En medio del universal entusiasmo, guardaba Judith un silencio modesto. Repentinamente el Espíritu del Señor cayó sobre ella y la inspiró uno de los cánticos más hermosos que haya escuchado oído humano. El Dios que habia armado su brazo queria tambien celebrar su victoria.

II.

Judith comenzó así: "Cantad al Señor al son de los tambores y al ruido de los timbales. Modulad nuevos acordes: exaltad é invocad su nombre." Apenas hubieron

salido estas palabras de los lábios de la joven profetisa, cuando su inimitable cántico fué repetido por todo el pueblo al ruido sonoro de mil instrumentos de música. El entusiasmo fué creciendo, hasta llegar á una especie de delirio, como es fácil de comprender.

III.

Judith prosiguió: "El Señor reduce á polvo los ejércitos: su nombre es Jehová.

"Ha colocado su campamento en medio de su pueblo para arrancarnos de manos de nuestros enemigos.

"Ha venido Azur de las montañas del Aquilon en el poderío de su fuerza. Su multitud deseca los torrentes: sus caballos llenaban los valles.

"Decía que quemaría mis campiñas y degollaría á mis jóvenes, que mis hijos serian su presa y mis doncellas sus cautivas.

"Pero lo ha herido el Omnipotente; lo

puso en manos de una mujer y lo ha matado esta.

IV.

"No son ni jóvenes guerreros, ni hombres fuertes, ni gigantes los que echaron por tierra al coloso: fué Judith, la hija de Merari, la que lo venció por la hermosura de su rostro.

"Dejó ella sus vestidos de vinda y se puso resplandeciente para procurar el triunfo de los hijos de Israel.

"Refrescó con un perfume los colores de su rostro; se peinó los cabellos con elegancia, rematando su tocado con una diadema, se puso una túnica brillante, todo para seducirle.

"Lo deslumbró el brillo de su calzado; su hermosura cautivó su alma; y ella le cortó la cabeza con su propio alfange.

V.

"Los persas se han asombrado de mi constancia; de mi audacia los medas.

“El ejército de los asirios prorumpió en gritos cuando los míos aparecieron, debilitados y moribundos de sed.

“Los hijos de las mujeres jóvenes los talaron con sus golpes y los mataron como niños que huyen. Perecieron en el combate delante de Jehová, mi Dios.

“Cantemos un himno al Señor; un himno nuevo á la gloria de nuestro Dios.

“Sois grande, Jehová, Dios mío: el poder es vuestra gloria, nadie puede resistiros.

“Que os obedezcan todas las criaturas, habeis dicho, y se hizo así. Al soplo de vuestra boca todo ha salido de la nada: nadie resiste á vuestra voz.

“Mirais las montañas y se estremecen y se derrumban en su base lo mismo que los océanos en sus profundidades y las piedras se funden como cera.

“Pero los que os temen, Señor, siempre serán grandes ante vos.

“Desgraciada de la nacion que se levante contra mi pueblo. Se vengará de ella Jehová el Omnipotente, y la visitará cuando llegue la hora.

“Apartará de su carne el fuego y los gusanos, para que ardan y sufran eternamente.

Reflexion.—Judith obtuvo la mas grande victoria. No tiene ejemplo su valor. Su nombre es bendecido por todas las bocas. Vivirá de generacion en generacion hasta el fin del mundo. Sin embargo, siempre humilde, nada se atribuye Judith á sí misma. Da al Señor toda la gloria de su empresa. Entona en su alabanza un cántico de accion de gracias, y quiere que todo el pueblo lo repita con ella.

No es aquí como en todo Judith la figura de María? Su prima Isabel la proclama Madre de Dios y la bendice entre todas las mujeres. Qué hace la Santa Virgen? Como Judith permanecia sorda á todas las ala-

banzas que se le dirigen y atribuye al Señor toda la gloria de las cosas elevadas que ha hecho por sí. En respuesta á la madre de Juan Bautista la madre del Verbo encarnado entona este cántico sublime. *Magnificat anima mea Dominum.* La humildad y el reconocimiento son las virtudes de las grandes almas.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo: no esteis siempre irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por la Siberia!

Práctica.—Mortificación del oído.

DIA XIV.

MUERTE DE JUDITH.

I.

Como la victoria de Judith era la victoria de toda la nación, no se conformaron los israelitas con dar las gracias al Señor en Bethulia. De todas las tribus se dirigieron en tumulto á Jerusalem para ofrecerle en su templo el homenaje de su gratitud. Fieles á las prescripciones del Dios tres veces santo, comenzaron por purificarse de las impurezas legales que habian contraído asesinando á los asirios y profanando sus cadáveres.

II.

Una vez terminadas las purificaciones,

todos ofrecieron holocaustos: víctimas inmoladas y quemadas para reconocer el dominio soberano del Señor sobre la vida y la muerte de todo lo que existe. A los sacrificios sucedieron las aclamaciones del pueblo y las súplicas mas ardientes. Estas fueron seguidas de promesas solemnes de una inviolable fidelidad.

III.

La misma Judith llegó á Jerusalem: todo el pueblo la devoró con los ojos cuando la vió radiante de hermosura y de modestia adelantar en el pavimento del templo, llamado el Pavimento de Israel. En magníficas andas eran llevados detras de ella todas las armas y los despojos todos de Holofernes, con lo que los habitantes de Bethulia le habian rendido homenaje, así como el pabellon de su lecho que ella misma arancó. Por mano de los sacerdotes ofreció Judith todos aquellos objetos al Señor, como anatema de olvido, *in anathema oblivio-*

nis. Esta espresion significa que tales trofeos debian permanecer en el templo como un monumento eterno de la victoria de Judith, y como una maldicion ó un anatema contra Israel si llegaba alguna vez á olvidar la milagrosa proteccion con que el Señor la habia favorecido.

IV.

Todo el pueblo estaba ébrio de alegría, no solo á causa del espectáculo de que era testigo, sino porque tal espectáculo tenia lugar en Jerusalem. Ver á Jerusalem, la ciudad santa, ver el templo del Señor, único en el mundo y maravilla del universo, ver los majestuosos aparatos de las sagradas ceremonias, ver á los representantes de las doce tribns de Israel, hijos todos de Abraham, de Isaac, y de Jacob reunidos por la unidad de la fé y la fraternidad de los sentimientos, era, como se sabe, el ardiente deseo de todos los miembros de la nacion elegida. Fué tal, en aquellas circunstancias, lo

intenso de su alegría, que para celebrar la victoria de Judith, causa de su felicidad, duraron tres meses los regocijos.

V.

Trascurridos aquellos dias, volvió cada cual á su casa. Hízose célebre Judith en Bethulia, y fué la persona mas considerada de todo Israel. Su castidad igualaba á su valor. Desde la muerte de su esposo Manasé; vivió en una perfecta continencia. De aquí el que se viera rodeada de los respetos y de las aclamaciones de todo el pueblo, cuando en los dias de fiesta se presentaba en público. Antes de morir dió libertad á la valerosa criada que la habia acompañado al campo de Holofernes. No teniendo hijos, repartió su inmensa fortuna entre sus parientes y los de su marido.

VI.

Llena de gloria y de méritos, llegó á la edad de ciento cinco años, y fué á recibir la recompensa de una vida que consagró á

la edificacion y á la libertad de la nacion santa. Fué enterrada en Bethulia, en la tumba de su esposo. El pueblo la lloró durante siete dias, término ordinario del duelo riguroso entre los hebreos. Mientras vivió, y mucho tiempo despues de su muerte, nadie hubo que se atreviera á turbar á Israel. El dia de su victoria contra Holofernes fué colocado por los judíos entre los dias santos, y desde entonces hasta hoy se honra como dia de fiesta.

VII.

Los Padres de la Iglesia tienen á Judith por una santa. No se encuentra su nombre en el Martirologio, porque se ignora el dia de su muerte. La Iglesia de Etiopía celebra la fiesta de Judith el dia cuátro del sexto mes, y en la Iglesia latina es inmortal su nombre. Muchas vírgenes cristianas, muchas esposas, madres, reinas y emperatrices se han considerado y se consideran felices por llevar su nombre, que

significa la gracia, el valor y las mas altas virtudes.

Reflexion.—Judith consagró á Dios todo el fruto de su victoria sobre Holofernes. Llegando al fin de su vida se despoja de sus bienes en favor de los que con ella están ligados por los vínculos de la sangre. Da libertad á su sirvienta y llena de luz se durmió dulcemente en los brazos del Señor. No hay una sola de estas circunstancias que no sea un rasgo de la historia anticipada de la Santa Virgen.

Lo mismo que Judith, María consagra á Dios el fruto de su victoria, ó lo que es lo mismo, arranca toda la humanidad con sus manos de la tiranía del demonio. Es por Dios y no por ella por quien ha vencido. Dispensadora de todos los tesoros del cielo, los distribuye á los que están unidos por la gracia.

A ella debemos la verdadera libertad, la libertad de los hijos de Dios. Consagrar-

nos al Señor en lo que hemos recibido de Él, en lo que somos y lo que tenemos, practicar la limosna, sacudir el yugo de nuestras pasiones, á fin de conquistar la dignidad de nuestra alma: tales son los deberes que nos predicán elocuentemente Judith y María, nuestras hermanas y nuestros modelos.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por el Thibet.

Práctica.—Mortificacion de la boca.